

Sobre la lógica contradictoria y perversa de las visiones extremistas se impone la singular personalidad del poeta. Permanecemos anclados en la controversia que enfrenta los retratos sagrados de Larrea y More. Según las versiones, una de ellas ya estimada en función de los imperativos ideológicos de un período histórico en el que no sólo tembló el mundo, Vallejo fue, por encima de otras consideraciones, un militante ahogado en la corriente de la lucha política mundial del socialismo científico. Un militante que contribuyó a concebir la poesía como un simple instrumento arrojadizo, un arma con el que fustigar y exterminar a los enemigos del proletariado, una bandera de enganche idónea para nuevos iluminados.

La imagen de la iluminación posee un significado real y concreto asimismo en el retrato que ofrece Larrea en el mencionado y contestatario «Prólogo». Y se transforma en *Revelación* frente a los postulados marxistas de *Revolución Mundial*. Siguiendo el emotivo y desbordante discurso testimonial y polémico del poeta vasco sobre su camarada peruano y parisiense, sabemos en primer término que Vallejo «es un Caso». A continuación, Larrea da rienda suelta a su interpretación lírica y amistosa; se suceden los elogios póstumos, las remembranzas patéticas, pasionales, que en muy pocas ocasiones alcanzar a plantear o especificar el trabajo de Vallejo en relación a su entorno y a sí mismo. *Mil y pico páginas* —indica Larrea— transforman sin descanso la figura del creador peruano en una encarnación cultural, en un fenómeno que repudia la retórica convencional, en un recuperador espontáneo y ultraísta de los valores *nativos palpitantes en su sensibilidad*, en un difusor de conciencia... Las imágenes que colecciona Larrea en sus consideraciones son innumerables, y conforman un retrato difuso donde la carnalidad del individuo resulta eclipsada.

La poesía de Vallejo transmite motivaciones diferentes que apelan al sentimiento humano desde el dolor. La poesía de Vallejo se fundamenta sobre metáforas y memorias trágicas, y discurre desde la materia móvil del lenguaje hasta la comunicación directa y visceral de la realidad individual a través de las circunstancias inmediatas. Es su obra una tarea que tiene relaciones con la artesanía no sólo por las dificultades con que se desarrolla en la práctica, sino por la constitución fundamental de un lenguaje como premisa indispensable para el poema.

Incluso podría afirmarse que en esa convergencia de enunciados, deseos, recuerdos y aspiraciones que impulsa al ser humano a vaciarse —y vengarse— mediante la escritura, no se busca el *logro* del poema, sino la plasmación documental del universo. Este es el paso permanente en ese perseguir/perseguir-se que Vallejo expone en solitario. Su voz se muestra lamento solitario, desesperado y arrinconado en cada verso. Esto es: se identifica sometiendo el aislamiento personal. Y se transforma poco a poco en un vehículo de lo colectivo. En este proceso —que permite compartir el gozo de un idioma original que se recrea a sí mismo en lo sensible, que es también lo real, lo cotidiano y lo fatal—, en este proceso Vallejo acomete una empresa vital donde coinciden hasta la confusión el aliento religioso y la ética estructurada por una ideología surgida de la injusticia y la necesidad.

No cabe duda que Vallejo profesó los valores arquetípicos del militante ejemplar. De esto han quedado pruebas irrefutables. ¿Gajes del oficio de vivir, de escribir, de dudar? ¿Efecto de la aceptación de la tragedia, de los espejismos políticos, de las qui-

meras teológicas de la sociedad utópica...? Todas las vanguardias de la época cayeron en el maniqueísmo; sin excepción. Pero salvo tristes excepciones que desembocarían en penosas pautas de comportamiento dirigido —que lastraron la pedagogía crítica de autores como Louis Aragon, Jean-Paul Sartre, Henri Lefebvre o Roger Garaudy, por plantear ejemplos pertenecientes a campos distintos del arte y de la intelectualidad—, la uniformidad disciplinaria se mantuvo durante un lapso de tiempo poco prolongado. La contienda mundial despejaría con los trazos sangrientos que Vallejo emplease para describir los conflictos insondables del individuo, gran cantidad de incógnitas al respecto. Los años —en este punto Larrea se torna preciso— en que se registra en el ánimo rebelde de Vallejo una nueva síntesis donde coincide su aspiración redentora de la humanidad y su apuesta interior.

De esta forma, revisando el desplazamiento subordinado a una crítica íntima constante, Vallejo no pierde el sentido de la realidad. Expulsado de París, febril colaborador de la causa republicana en la guerra civil española, su poesía agudiza el tono de *tránsito* que ya se anunciaba en sus primeros libros mediante la reflexión sobre el tiempo. No obstante, el apego a los acontecimientos parece suplantar la intensidad expresiva en que Vallejo trasciende lo indeseado y terrible, que se define no tanto contra la violencia como contra la muerte.

En Vallejo se advierte la asunción dramática del Destino. Su poesía última lo manifiesta con rasgos que se desplazan desde el plano colérico de la impotencia hasta el área en que las obsesiones del ser humano pierden su envoltura alada de insinuación estética para adquirir la condición de las afirmaciones pasionales. Los versos se han depurado: desafían con una voluntariosa sobriedad. Se encuadran en las estructuras convencionales —pero insumisas— de los himnos proletarios, sin desprestigiar con un impulso definitivo su resonancia religiosa. Evolucionan a golpes en un sentido circular. Y concentran en su seno el conjunto de preocupaciones humanas del poeta que habla de sí mismo, para sí y para los otros, cerrando un círculo. Tanto *Poemas humanos* como *España, aparta...* subrayan que lo esencial de Vallejo se ha enriquecido con perspectivas nuevas y más hondas que reiteran la inocencia beligerante del individuo humilde bajo el peso del mundo. A la evocación añade el poeta una noción rebelde que tiende hacia adelante y que se fusiona con el contenido de una esperanza. La frontera sigue simbolizada por la muerte.

El tiempo tiene un miedo ciempiés a los relojes.

*Poemas en Prosa*

Es el tiempo este anuncio de gran zapatería,  
es el tiempo, que marcha descalzo  
de la muerte hacia la muerte.

«Me estoy riendo»

En suma, no poseo para expresar mi vida, sino  
mi muerte...

*Poemas humanos*

Con independencia de las circunstancias míticas que rodean el fallecimiento de Vallejo —París, el aguacero, las últimas exclamaciones agónicas que proclamaban su nuevo destino en Madrid...—, puede apreciarse nítido un perfil más aproximado del ser

humano que, en la mayoría de las versiones, surge por una secuencia de factores extraños e interpuesto. ¿Místico, activista, lírico, obrero de los versos, apóstol de credos libertadores, leyenda? Vallejo resultó un hombre que convivía con su muerte, un poeta vital tocado por la amargura, que matizó y expresó las preocupaciones del mundo moderno impulsado por una nostalgia de primitiva —que no arcaica— desnudez de corazón. No sólo presintió desde sí los rasgos de la época que se avecinaba, sino que transfiguró su religiosidad en una actitud material, en una confesión inequívoca.

Es pertinente por ello aludir al magisterio esclarecedor de Angel Crespo sobre este detalle. Vallejo, como Platón, se expresa mediante un lenguaje universal inédito, sostenido por metáforas, alegorías, imágenes, «fascinado por lo desconocido» —la vida, la muerte, el no saber, la propia expresión no poseída...—, renunciando tras el callejón sin salida que se desprende de la formalista y ortodoxa novela *Tungsteno* (1931), articulada en razón del purismo realista, *histórico*, conforme a la visión de Crespo en su brillante análisis de la confrontación entre Platón y Aristóteles («Las cenizas de la flor») y sus doctrinas, a los caminos ya recorridos de la documentación que se agota en sí misma. Vallejo reafirma su personalidad en la poesía a través de instrumentos poéticos. No le ciega ya la materialidad de lo sentido o contado. Acepta el esoterismo del misterio humano —que abarca desde lo personal hasta lo colectivo— y se incorpora a él, recobrando la claridad de su intuición, ya evidente en *Los heraldos negros* y *Trilce*. El siguiente paso revelará —merced a su minuciosa notificación del tiempo, de la desesperación emocionada, *en frío, imparcialmente*, de la ilusión que abraza y se entrega a la causa del hombre— que la vida se transmuta en una realidad próxima irreductible. Su lenguaje expresará verdades universales, confirmandole como poeta de metáforas e imágenes, en lugar de confinarle en el corsé del cronista de la historia de la poesía, reproduciendo el argumento citado.

De ahí se infiere que Vallejo, sobre la identificación que consagra en su obra, con énfasis, en *Poemas en Prosa* —política, cultura, alma, religiosidad ética, independencia de cualquier iglesia— refleja transparente la metamorfosis de un credo de imposición a un ideario de dispersión (como asimilamos en «No vive ya nadie...»: «Los pasos se han ido, los besos, los perdones, los crímenes. Lo que continúa en la casa es el pie, los labios, los ojos, el corazón. Las negaciones y las afirmaciones, el bien y el mal, se han dispersado. Lo que continúa en la casa, es el sujeto del acto»). En este ámbito Vallejo captará con un estricto sentido de la medida —desde la prosa tiende al verso, como si hubiera de reunirse con una forma inicial y a la vez originaria—, con una ejemplar economía verbal, los signos de la humanidad que pervive a pesar de sus heridas. Su insistencia en la composición de una simbología propia podría denominarse, de acuerdo con Paz en *El mono gramático, fijeza*. De aceptar hasta las últimas consecuencias el juicio del escritor mexicano, «la fijeza siempre es un momento del cambio. La fijeza es siempre momentánea». Y como es sabido, Paz revela mediante este término el contraste entre movilidad e inmovilidad, entre la retórica formal y el contenido profundo de las frases y las metáforas, en el continuo tejer y destejer las *palabras-cosas* anhelantes de realidad.

Tránsito, transformación, evolución, cambio, los múltiples sentidos de estas expresiones se concretan en el proceso por el que Vallejo conduce en paralelo el desarrollo

de su obra con su constatar el «infierno» de los otros. ¿El medio, la encrucijada? Él mismo al escribir. ¿Su destino? Aquel espacio que de la guerra civil nos desplaza a un territorio inefable donde reina la fraternidad, donde han desaparecido las servidumbres de la enfermedad y el dolor, y donde la muerte, vencida, claudica.

En cualquier caso ninguno de los factores reseñados más arriba retrata en modo alguno a un individuo obediente. Ni conforme. Acaso porque la poesía de Vallejo expone lo contrario. Desde sus primeras manifestaciones, desde sus entonces ya poderosos y seductores atisbos, queda patente —con un acento personal— su desconsuelo. El carácter inasequible de su desconsuelo. Y se reafirma en sí, luego de largos serpenteos de la conciencia, sin dejar de recoger ecos, voces, ritos, cadáveres anónimos. Con menor frecuencia nombres multitudinarios. Expulsado de la vida, no resulta posible incluirlo entre los creadores adscritos a la metafísica, a la mística celeste; tampoco entre los fervorosos místicos de la revolución —sea ésta posible o no en un sentido *universal*—, y menos aún en el seno de la ceguera aceptada por propia voluntad que venda la vista de los *partidarios* de profesión. Por el contrario, aún cuando a Vallejo lo arrastren y consuman los acontecimientos, reconoceremos su obra en un espacio donde el ser humano, al gritar, lamentarse, llorar y abrazar a los semejantes, respalda al poeta.

Sentimos ardor en ese encuentro de la realidad refugiada en la cara oculta de los objetos, las apariencias, las palabras y las sombras. Lo desconocido y emblemático y próximo, retomando los mitos platónicos, brota en la poesía de Vallejo como pesadumbre emancipadora. ¿Ataduras terrenales impiden el vuelo de las quimeras, la curva de las sonrisas, la calma que afronta y desmiente la fatalidad? Sin duda, del mismo modo que las ideas filosóficas, según María Zambrano, reflejan estados de ánimo que pueden acabar con el sentido del pensamiento. Persiste el misterio —la locura triste que da la autenticidad al lenguaje más allá del tiempo— incluso en la negación de la vida. El suicidio —la paradoja envuelve el misterio— puede depararnos, de acuerdo con la supervivencia escéptica de Cioran, una experiencia vitalista.

Ardor. Hay ardor incluso en las oportunidades en que la consideración del mundo —tiempo, dolor, memoria, vida, muerte, llanto, movimiento, cuerpos mutilados, hermandad, paz, hambre, hombres, niños— adopta una apariencia gélida. Un escudo que se alza contra el horror, ya conocido, Por los demás, vivos y muertos en la maldición fratricida de la contienda, es como Vallejo culmina su retrato —*Su cadáver estaba lleno de mundo*—: Un niño. *Sin boca*.

Francisco J. Satué

# 羣衆

戰爭完畢、士兵死了、有一人到死兵處對他說、我這樣深刻的愛你、請你不要死！唉！但死者沒有復生。

未幾、兩人到死兵處對他說、請你不要遺棄我等！勇士！請你復生罷！唉！但死者仍然不活。

後來二十人到死兵處、一百人、一千人、五十萬人、哀哭地說、我等這樣多的愛情、都無法將死者復生、唉！死者依然不活。

然後數百萬民衆、將死者包圍、聯同對他說、兄弟、不要去！唉！但死者仍然不活。

於是全世界人民、將他包圍、死者見彼輩悲哀的面容、乃感動了、那時他就緩慢地起身來、把第一人擁抱、即開始步行。

El poema *Masa* en idioma chino